

Fernanda Namur

No hay sabor
que no me
recuerde a ti

 Planeta

Andrés

De nuestros padres no solo recibimos el tono de nuestra piel, el color de nuestros ojos o la amplitud de nuestros hombros. De ellos heredamos nuestra historia, heredamos sus narrativas y el paradigma bajo el cual ven el mundo.

Aunque representemos verdes brotes en nuestro árbol genealógico, las ramas que nos sostienen y que bombean vida a nuestras verdes hojas están arraigadas en las raíces de nuestros ancestros.

Lo queramos o no, hay una parte de ellos que vive dentro de nosotros.

Hay nobleza en el deseo de continuar el legado de quienes nos precedieron, pero esos legados pueden arrastrar nubes negras llenas de conflictos sin resolver.

Andrés era un hombre virtuoso.

En eso se parecía a su padre, Antonio.

Coincidentemente, su abuelo, Ahmed, era considerado un hombre virtuoso también.

Abundaba el virtuosismo en el árbol genealógico de Andrés. Una gran línea sucesiva de hombres virtuosos, corpulentos y, en su mayoría, de narices ganchudas, cuyos ancestros se remontaban más allá, incluso, de la invención del jabón en barra. Hombres que se encargaban de resguardar las

tradiciones, de proteger a los suyos y de traspasar aquello que aprendieron de sus padres a sus hijos.

Hay muchas cosas que uno puede heredar de quienes te crían.

Como las recetas familiares.

O el trauma generacional.

A veces se siente como si el trauma y la comida tuvieran mucho en común. O al menos pareciera ser así para todo aquel que ha debido abandonar de manera forzosa o voluntaria su tierra, su gente y su hogar.

A mediados del siglo pasado, Latinoamérica fue un faro para pueblos migrantes. Se hablaba de un lugar desconocido, con buen clima y lleno de potencial. Los rumores corrían y entre susurros se hablaba de que había varios países a medio desarrollar que podrían significar un nuevo comienzo para muchas familias.

Fueron casi diez mil las familias palestinas, sirias y libanesas, cuyos territorios se encontraban bajo la dominación del aquel entonces imperio turco otomano, que decidieron dejarlo todo y apostar por Chile como su nuevo hogar.

Al principio llegaron hombres solos.

Poco tiempo después les siguieron sus familias.

Varios cuentan que, de aquellos primeros pioneros, los solteros incluso volvieron al poco tiempo a sus tierras con el objetivo de conseguir una esposa y traérsela de inmediato a Chile.

—No todos se la pudieron, ¿sabes? Para ellos era humillante. Dejaron todo, pasaron de ser hombres educados, provenientes de culturas milenarias, de familias cuya reputación era más antigua que el mismísimo país al que migraron, a ser «turcos». Imagínate. Arrancar de los turcos, llegar a un país donde te miran en menos y a eso le sumas que te llamen de manera ignorante por el nombre de tus opresores —le decía Ahmed a Andrés, quien siempre estaba atento a las historias que le contaba su abuelo, en especial aquellas que solía compartir en la sobremesa dominical.

A pesar de que el Chile de principios del 1900 había establecido una política migratoria de puertas abiertas, la realidad era que tan solo las familias europeas eran bien recibidas.

Esas familias sí eran bienvenidas en las tertulias de la limitada aristocracia criolla, bajo la horrorosa creencia de que «mejorarían la raza». Los *turcos*, en cambio, de rasgos toscos y costumbres extrañas, simplemente no eran apetecibles al refinado paladar de la elite católica apostólica romana.

Naturalmente, fueron excluidos.

—Uno pensaría que con plata todo se soluciona, pero la verdad es que, aunque tengas una cuenta bancaria cuyo saldo parezca cómputo de la Teletón, nunca serás aceptado del todo. Nada de eso importa si no tienes un apellido compuesto con doble

erre que participó de la conquista de América — agregó Antonio a la conversación.

Hace no tanto, Andrés había visto una entrevista por la tele a uno de los *turcos* más conocidos de Chile: Juan Yarur, un multimillonario coleccionista de arte, internacionalmente reconocido por su contribución a la protección de las más hermosas obras de arte moderno.

Andrés acompañaba a su madre en la cocina, cuando apareció el excéntrico paisano en la pequeña pantalla de la anticuada tele que mantenían sobre el mesón.

El palestino comentaba lo mismo que su abuelo y su padre le habían advertido. Yarur, cómodamente sentado de piernas cruzadas junto a un periodista y un camarógrafo, dentro de un Rolls Royce de colección, les contaba con aparente indiferencia que jamás ha sido bien recibido en las esferas sociales de la alta alcurnia.

Abdullah, bisabuelo de Andrés, junto a sus hermanos, fueron los primeros de su estirpe en tocar estas tierras. A él le tocó la peor parte.

Ante el rechazo incomprensible de la sociedad chilena hacia los inmigrantes árabes, estas pequeñas comunidades se volcaron hacia aquello que cimentaba su identidad: Dios, la familia y el trabajo, en ese orden. Muchos de ellos se dedicaron al comercio, lo cual irónicamente los distanció aún más de la clase alta. Mientras la aristocracia sostenía su

fortuna como terrateniente y obtenía su poder gracias a sus redes de contactos, los *turcos* surgieron gracias al sudor de sus frentes.

Vestido con una pesada capa de seda de color negro y cubierta de pavos reales bordados en oro que lo envolvía de pies a cabeza, el coleccionista de arte mira a los televidentes directamente a través de la cámara y les cuenta cómo, antiguamente, en los lugares más *pitucos*, existían establecimientos cuyas puertas anunciaban con letreros, tal como lo harían para informar sus medios de pago, que se prohibía la entrada de:

Perros

Judíos

Árabes

—Parece broma, pero yo me acuerdo de haber visto esos carteles cuando chico —dijo Ahmed, quien entró a la cocina, justo a tiempo para ver uno de los últimos segmentos de la entrevista.

¿Cómo superas semejante rechazo?

Tan absurdo por lo demás.

Andrés pensaba en cómo se hubiera sentido él en esa situación.

Desolado, pensó.

Quizás eso explicaba por qué, tanto su padre como su abuelo, eran como eran. Tan obsesionados con el éxito profesional y su reputación virtuosa. Tan preocupados de que Andrés siguiera sus mismos pasos.

Uno de los pasos más virtuosos que dio bajo el alero paternal fue unirse al Cuerpo de Bomberos de Chile. Apenas cumplió dieciocho años, se acercó al mismo cuartel en el que habían servido tanto Antonio como Ahmed.

A estas alturas, Andrés ya podría haber llegado al cargo de inspector. Su padre y su abuelo lo habían logrado a su edad.

Ambos subieron bastante en la escalera institucional, gracias a la dedicación, a ratos obsesiva, que le entregaban a esa labor voluntaria. Quizás, si hubiese sido un poco más ambicioso, Andrés habría hecho lo mismo.

Quizás.

Pero Andrés no era así. No le veía el sentido. Él quería salvar gente. Poco interés tenía en la política y en el poder. Prefería dedicarle su tiempo y esfuerzo al rescate que a formularios y oficinas.

Siempre prefirió tomar roles silenciosos por sobre la exposición del liderazgo. Era un hombre que prefería observar. Pasar desapercibido.

Andrés, además de virtuoso, era un hombre estoico.

Un hombre estoico y virtuoso.

O al menos eso intentaba.

Uno creería que sería algo natural para él. Que le sería tan fácil ser virtuoso como le fue a Antonio, Ahmed y Abdullah. Algo tan sencillo como respirar.

Algo que no se piensa, algo que simplemente se hace.

De cierta forma, para Andrés, ser virtuoso sí era como respirar.

Como respirar cuando no puedes dejar de pensar en el acto mismo.

Él pensaba en cada respiración individual. Pensaba en el movimiento mecánico que debía hacer para permitir que el aire llenara sus pulmones. Pensaba en cómo el diafragma debía contraerse y en cómo debía empujarlo hacia afuera. Pensaba, pensaba, pensaba.

Pensaba hasta transformarse en un pez fuera del agua.

Una vez le pregunté si recordaba cuándo fue que comenzó a sentirse así.

—Desde que tengo memoria —dijo él, con su voz ronca y la mirada perdida.

Eran pocos los momentos en los que Andrés se permitía dejar de pensar en quién era, lo que se esperaba de él y lo que debía hacer para ser un buen hombre. Con la edad, encontró algunas formas de distraerse del angustiante caudal que arrastraba la corriente de su pensamiento. Al menos durante un rato.

En un comienzo, Andrés encontró una breve liberación en el dulce dolor de las agujas entintadas contra su piel.

Su mayor liberación la encontró en la entrega.

Específicamente, en entregarse por completo a la voluntad de otros. Durante las horas diurnas, esta voluntad era la de Dios. Durante las horas más silenciosas de la noche, era la voluntad de Camila. A veces era la voluntad de Rodrigo, la de Mariana o la de Amalia.

Pero últimamente era la de Camila a la que más se sometía.

La fe religiosa, al igual que tantos otros aspectos de su vida, eran una herencia familiar.

Quizás «religioso» era una palabra muy formal para sus costumbres espirituales. En su casa no eran católicos. Eran más bien «creyentes». Creyentes en Dios, en las tradiciones y en la familia. En ese orden.

Curioso, pero fue uno de sus primeros tatuajes. Dios, no Camila.

Después de varias horas sentado en un sillón cuyo caluroso material se le pegaba a la piel como el pecado, una aguja a motor imprimió un símbolo de la letra griega alfa en su hombro derecho y omega en el izquierdo.

α y Ω

El primero y el último.

El principio y el fin.

Su abuelo Ahmed a veces le hablaba de cómo todo ya había ocurrido en la historia de la vida. Ya todo estaba decidido. Así era el destino y así era

como debía suceder. Esa era su postura incluso ante la muerte.

—*Maktub*. Estaba escrito —decía seguido.

También le gustaba decir todo tipo de frases crípticas.

—Siéntate en la puerta de tu casa y verás al cadáver de tu enemigo pasar por delante —le dijo una vez Ahmed, luego de que el vecino le quitara todos sus tazos en un torneo del barrio cuando tenía siete años.

Si se concentraba lo suficiente, Andrés podía evocar el ruido exacto del motor de la aguja y cómo se sintió cuando se tatuó Su nombre. Era similar a un pequeño cuchillo caliente, pasando lentamente por su piel. El principio y el fin.

El primero, pero no el último.

Le siguieron cinco tatuajes más ese mismo año.

Las tradiciones de su familia eran demasiadas como para tatuárselas tal como lo había hecho con Dios. Muchas de ellas no podían representarse tan simbólicamente. Tantas ocurrían en la cocina. Otras, en los dichos y frases que repetían, aunque nadie más que ellos conocía el significado. Algunas se encontraban dentro del código de conducta invisible que debían seguir.

Ya que la mayor parte de la comunidad árabe que desembarcó en Chile era de origen palestino, casi todos los locales de comida paisana seguían su

tradición. Si bien esta no dista en gran medida de la gastronomía siria, simplemente no es lo mismo.

—A todo le ponen curry, por Dios. Buena gente, muy honestos, pero profundamente equivocados. Las hojitas de parra no te pueden quedar así de amarillas —comentaban los del clan entre sí.

Lo anterior obligaba a la familia de Andrés a preparar su comida ancestral en casa, reservándola solo para ocasiones especiales debido a la cantidad de tiempo injustificable que tomaba hacer las nostálgicas preparaciones.

Su mamá una vez bromeó con que eso se debía a que las mujeres antiguamente no tenían nada mejor que hacer que cocinar, por lo que inventaron puras recetas que tomaban dieciséis horas de principio a fin solo para pasar el tiempo.

—Era eso o ir a buscar agua al pozo. Y si las mujeres en ese tiempo se parecían a tus tías, yo preferiría mil veces pasar horas amasando carne cruda a ir a que las viejas bigotudas me deshuesen a punta de críticas y pelambres.

Era curioso.

Su madre era como una extranjera en su casa.

Era pequeña, brutalmente honesta, de ojos claros y origen sureño. Cuando se casó con Antonio, no tenía idea que solo la mitad de la batalla estaba ganada. Había logrado conquistar a ese hombre alto de frente pronunciada, cuyo temple sereno le daba un aire misterioso que desarmaba a toda mu-

jer que se le cruzaba. No fue fácil, pero ella se lo propuso y, aunque sus suegros no aprobaban que su hijo se uniera ante Dios con alguien fuera de la comunidad, logró llegar al altar. Cuando su madre al fin dijo «sí, quiero», recién ahí se enteró de que se acababa de casar con Antonio y con toda su familia. Era momento de conquistarlos a ellos. En especial a todas las señoras y comadres del clan.

En ese entonces, las tías abuelas de Andrés todavía eran de esas mujeres que se dedicaban exclusivamente a ser esposas y madres. Eran las guardianas de las tradiciones domésticas. Quizás habían evolucionado un poco y compraban el yogur en el supermercado en lugar de cortar leche con kéfir en casa, como lo hacían sus madres antes que ellas, pero el orgullo y el empeño que le ponían era el mismo. Era tremendamente importante poder replicar las recetas ancestrales y qué tan bien podías prepararlas era una cosa de estatus entre la comunidad.

—Parece ridículo pensarlo en retrospectiva. Pelar a la señora de un amigo de la familia porque ni el hummus le salía bien. Es moler un puñado de webadas con otro puñado de ajo crudo. Impresionante que ni eso le saliera bien a la pobre señora del Emil. Y a él le gusta comer, po. A la suegra la tuvieron instalada en la cocina seis días a la semana, con un platito de agua y una televisión prendida. Idealmente, sintonizando Romané. Dios cuide a tus abuelos, pero prefiero tirarme por el balcón que

tenerlos todos los días comentando lo seco que me queda el kubbe.

Suertuda fue su madre, a quien sí le salían bien algunos platos. Le costó mucho, pero logró preparar uno que otro dulce que, si bien no sacaba elogios, tampoco ameritaba queja alguna y eso era suficiente para ella.

A pesar de que no era bien visto, Andrés disfrutaba ayudándola cada vez que podía. Le reprochaban que podía hacer mejor uso de su tiempo que pasar las mañanas en la cocina con las mujeres, pero él quería ayudarlas, en especial a su madre. Ella le pasaba un plato hondo lleno de almendras sumergidas en agua caliente y él se encargaba de pelar cada almendra minuciosamente. Una a una. Como un mantra manual.

Como rezar un rosario.

Se concentraba en cada almendra que tomaba. En su piel, suelta y mojada, buscando dónde era más conveniente tirar para despojarla de ella. Tan concentrado que no pensaba en otra cosa.

Entregado por completo a la tarea que se le había encomendado.

Primero las almendras.

Luego el cilantro.

Tomaba cada hoja individual de la mata y él se entregaba a ella.

Como a Camila.

Cuando lo ven junto a Camila, la mayoría asume erradamente que, dada su presencia delicada y la suavidad de su voz, ella es tal cual cómo a sus antepasados les gustaba que se comportasen sus señoras. Aun siendo más alta que el promedio, la corpulencia de Andrés causaba que Camila se viera frágil a su lado. Era una mujer silenciosa y de mirada dulce. Le gustaba el cine, la filosofía y cultivar plantas de interior. Era de esas personas que podían tornarse invisibles dentro de una multitud.

Andrés la conoció en una aplicación.

En su perfil tenía un par de frases crípticas, que luego aclaró cuando concretaron su primera cita.

Ella buscaba a un sumiso.

Arrastrando décadas de inflexible masculinidad sobre sus hombros, Andrés por poco toma sus cosas y se va de un portazo. Ofuscado, pero profundamente curioso, le pidió que explicara a qué se refería.

Un sumiso.

En un principio, Andrés exploró ese tipo de entrega a través de las palabras.

Esas primeras conversaciones le fueron muy incómodas. No acostumbraba a hablar de estas cosas con otros. Ni con sus amigos, ni con sus primos. El sexo en su familia era algo que se hacía, pero no se comentaba.

Poco a poco, se fue soltando y las conversaciones empezaron a ser más fáciles.

—Dime cuáles son tus fantasías. Todas. Incluso aquellas que no quieres que se sepan. Esas que quizás no quieres que ocurran en realidad, pero que guardas igual en tus pensamientos.

Luego, leyó pequeños artículos y entradas de blogs que le enviaba Camila al respecto.

El siguiente paso fue ver esa forma de amar en videos.

Primero los vio por su cuenta. Luego con ella.

Transcurrió bastante tiempo antes de que pasaran de la teoría a la práctica, pero era un periodo de adaptación necesario. Camila necesitaba que él estuviera seguro de lo que quería antes de confiarle tan íntimo aspecto de sí misma.

Andrés necesitaba confiar en ella para estar listo también.

Como grilletes, arrastraba el pesado sentido del deber, de las expectativas y de la tradición. Camila, con paciencia, le enseñó cómo despojarse de ellos entre las sábanas, cediéndole ese poder a ella.

Toda la presión, las heridas abiertas, el trabajo, el constante cuestionamiento de su padre, todo desaparecía mientras Camila tenía el control. Instantáneamente se descomprimía de todo aquello que cargaba.

Fue tanto el alivio que le traían sus sesiones con Camila que pasó a ser su parte favorita de la semana. Contaba los días y las horas que quedaban para encontrarse con ella. Tras largas jornadas de traba-

jo diurno de oficina y largos turnos en el cuartel, contabilizaba los segundos exactos que quedaban para, por fin, cederle todo a ella.

Juntos, acordaron las normas básicas de sus roles, sus límites y sus palabras seguras. Desde ese momento, jamás volvió a cuestionarse lo que hacía mientras estaba con Camila. No se preguntaba si estaba haciendo lo correcto o qué harían su papá, su abuelo o su bisabuelo si estuviesen en su lugar. No más dudas ni incertidumbres. Si estaba con Camila, ella podía hacer con él lo que quisiera, cuando quisiera y por el tiempo que quisiera.

Andrés podría haberlo detenido en cualquier momento, si así lo hubiese deseado.

Pero, hasta ahora, no había hecho uso de sus palabras seguras ni una sola vez.

—¿Estás cómodo? —dijo ella, mientras Andrés alzaba su cabeza, suavemente forzado por la mano de Camila, quien lo sostenía por el mentón.

—Mírame a la cara —susurró antes de que pudiese contestar a la pregunta, forzando su mirada hacia la suya, mientras lentamente deslizaba un pulgar dentro su boca. Andrés, quien se encontraba de rodillas frente a ella, sin pensarlo comenzó a succionar.

La semana anterior habían invitado a un tercero a jugar con ellos y aquel pulgar era como un dulce *deja vú*.

No tuvo tiempo para detenerse lo suficiente en ese recuerdo antes de que el inesperado golpe de la cuerina contra su muslo devolviera su atención a Camila.

—¿Estás duro? ¿O tendré que amarrarte y disciplinarte un poco más antes de que te use hoy?

Andrés no pudo contener un leve gruñido. Estaba duro desde el momento en el que ella le había ordenado que se dirigiera a la cama y Camila lo sabía.

Le gustaba pensar en esas sesiones como su pequeño secreto.

A veces, cuando estaba sentado en la mesa de sus padres, miraba alrededor y pensaba en qué pensarían si supieran lo que le gustaba hacer a su hijo en su tiempo libre. En los collares gruesos que tenía en su departamento, cuyos anillos frontales no eran meros accesorios de moda. Pensaba en las cadenas y las fustas que se encontraban en el tercer cajón de su cómoda.

¿Qué pensarían de él?

Apoyándose en el respaldo de su silla, se levantó con la intención de despejar su plato de la mesa.

—Déjalo ahí, que las mujeres están retirando —dijo Ahmed.

Su padre lo miró por sobre los bordes de la taza de café que sorbía en silencio desde el otro extremo del comedor.

Andrés pensaba seguido en cómo pudo haber afectado a su abuelo y a su padre la forma en la que su bisabuelo jamás logró sentirse aceptado. Cómo su trabajo jamás compensaría su «turquedad» ante el país que lo recibió a regañadientes.

Quizás no sería él quien rompiera esas cadenas.

Pero no permitiría que nadie se enterara del alivio que estas también le producían.